
3-31-2013

María Zambrano: una sabia errante

Damián Pachón Soto

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Pachón Soto, Damián. 2013. María Zambrano: una sabia errante. *Revista Surco Sur*, Vol. 3: Iss. 5, 53-56.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.3.5.19>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol3/iss5/21>

This NUBES DE PLATA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

MARÍA ZAMBRANO: UNA SABIA ERRANTE

Damián Pachón Soto

En su libro *El pensamiento vivo de Séneca*, María Zambrano sostiene que la *quietud* "Es lo que por lo pronto diferencia al <sabio> del intelectual, el filósofo, el hombre de ciencia" europeo. De hecho el sabio es o tiene dentro de sí una herencia oriental. Y el lector de María Zambrano, de esa mujer parida dentro del singular ser español, puede preguntarse ¿no fue ella una mujer sabia? Y para responder esto tendría que distinguir entre la sabiduría y lo que con más estruendo se llama conocimiento. Y por lo pronto habría que decir que el sabio es aquél ser que parece ser un guía, alguien que alumbra el horizonte desde dentro; desde la espesura del mundo que lo rodea a él; el sabio parece ver más allá del horizonte inmediato. El sabio es aquél que parece tener respuesta para las cosas más fundamentales de la vida, para lo que le interesa al hombre de carne y hueso, esto es, para las cosas de la cotidianidad y de la muerte. Y así, el sabio resulta siendo como una especie de médico del alma; son esos seres que sirven para iluminar el sendero de esos otros seres que estamos aquí en el mundo a merced de la infinita bóveda celeste.

Eso fue María Zambrano para sus amigos, para todos aquellos que la escucharon y que sintieron en ella un especial misterio, una voz poseída por algo, una voz que se entregaba como desenredándose, desentrañando y transparentando algo que a ella le venía de las entrañas, de su propio vientre.

Una mujer genuina y fantasmal al decir de Julio Cortázar; una mujer inasible para Octavio Paz. Y debió ser así, pues hay en su pensamiento un halo de claridad rodeado como por un inmenso misterio, por algo profundo e insondable que parece estar más allá de los seres corrientes. A veces parece un oráculo que dice de las formas más hermosas lo que no parece haber sido escuchado antes. Su palabra es reveladora.

¿Y el conocimiento? Tal vez ella entendió con Nietzsche que el conocimiento era en realidad secundario. Era más bien cierta manía poseída de voluntad y de cierta violencia contra el mundo; un deseo de desentrañar las cosas y un desdén por aquellas que no ceden ante la voluntad y el ego de los hombres de ciencia y los filósofos. María Zambrano sostuvo muchas veces que ella no era una filósofa y que tal vez no podía hacer

filosofía de la manera tradicional. Ella se sintió más allá de ese encuadramiento;

se situó más allá de él y se autopercibió como una guía, como un ser que se busca, que quiere llegar a la verdad que habita en su interior; como un ser que busca transparentar su vida; la vida del hombre y desenredar la madeja que la circunda. Recordemos lo que sobre ella dijo Cioran:



En cuanto las mujeres se consagran a la filosofía, se vuelven presuntuosas y agresivas y reaccionan como advenedizas. Arrogantes y sin embargo inseguras, visiblemente extrañadas, no se encuentran, a todas luces, en su elemento. ¿Cómo es posible que el malestar que inspiran no se experimente nunca en presencia de María Zambrano? Con frecuencia me lo he preguntado y creo poseer una respuesta: María Zambrano no ha vendido su alma a la Idea, ha protegido su esencia única colocando la experiencia de lo Insoluble por encima de la reflexión sobre él, ha dado en suma un paso más allá de la filosofía.

¿Qué significa dar un paso más allá de la filosofía? Tal vez signifique dudar de ella, desconfiar de sus respuestas, sus pretensiones y hasta de sus delirios. Y eso fue lo que hizo Zambrano. Y por eso su relación con la filosofía es tan compleja. Es como un amor en constante tensión. Un amor que quiere atrapar, pero frente al cual nos resistimos para evitar la posesión total del amante. Y fue así, como allá, en los años treinta en el preludio del desastre de Europa, ella se fue con su amor a costas. Tuvo que llevarse la filosofía en su peregrinar por América Latina. Y lo que fue más significativo, tuvo que vivir de ese amor que la tensionaba. Pero el conflicto proseguía y, tal vez, se iba intensificando. Y por eso, en Morelia, en México, escribe dos libros sobre la poesía y la filosofía.

Era un primer intento por conciliarse con su amor, por situarlo y definirlo y decirle hasta dónde llegaban sus límites. Pero compartiéndolo con sus música, el amor a las artes, hasta con ese otro amor tenía que ser así, pues una podía limitar su para la vida, para el amor,

María Zambrano fue sabio no puede quedarse en forma de conocimiento que apabullando a la vez el muerto que a lo mejor le mecánica alejada del gusto, sensibilidad para la belleza han ampliado el horizonte seleccionar, saben ver y oír.

fundamental: el sabio sabe ver, sabe situar dentro de los contextos más grandes. Sabe el límite de las cosas, de los problemas, de su inaccesibilidad. Y María Zambrano sabía ver, tenía todos los sentidos abiertos a la extensión y su infinitud, también a su riqueza. Así lo testimonia este párrafo de su libro autobiográfico *Delirio y destino* en el cual se narra un hecho de su niñez, un hecho que nos ayuda a descubrir su sensibilidad para con el mundo, para con el hombre mismo que la rodea:

Su padre la miraba en silencio, es que él sabía, lo sabía todo, como siempre. Le vio como de niña en aquellas imágenes que su memoria había guardado, puro misterio, se acordaba de cuando aún no podía saber lo que esto es padre. Y era <aquél> que la llamaba y la hacía despertar de sus embebecimientos que debían ser continuos, pues todos los instantes que recordaba, eran así; ella mirando algo en el cielo, especie de signos negros —las golondrinas—, <<!mira las golondrinas!>> le dijo Él —en realidad ella no miraba golondrinas—, ni siquiera miraba, pues estaba pegada a ellas, ni cerca ni lejos, sólo que se estaban quietas, fija como ella estaba fija y la voz del padre y su presencia la hacía moverse por dentro, dejar de estar quieta, pegada a aquella imagen, escrita en el cielo. Y aquél otro momento bajo la oblicua luz de la tarde, en lo que debía de ser el patio de su casa natal de Vélez-Málaga, mirando la rama combada muy por encima, con un limón que Él le cortó y le puso en la mano de donde escapó rodando...aquello no era mirada, aunque siempre la sorprendían mirando, pero no era mirada, sino estar pegada, prendida, como si fuese apenas distinta de lo mirado. Y el padre la llamaba, la despegaba de aquello y hacía sentir que era distinta, la extrañeza de ser algo. Y no sólo su voz y su palabra que no siempre entendía, sino él, su rostro desde tan alto mirándola, aquello que era terrible, que la iba a hacer temblar, pero que enseguida, antes de temblar ya le enviaba la sonrisa, la mirada que antes que los brazos la levantaba del suelo.

María Zambrano fue una mujer sabia y como todo sabio no puede quedarse en la especialización.

siguió así, con él a costas, otros amores: la poesía, la la pintura, la antropología y conflictivo: el psicoanálisis. Y mujer sabia como ella no inteligencia ávida de saber para lo inasible.

una mujer sabia y como todo la especialización. En esa parcela y cerca el mundo, cerebro humano por un peso sirve sólo para vivir una vida la contemplación y esa tan propia de aquellos que y que por ello mismo saben Y este es el otro punto

El suelo que era su sitio, lo que estaba para ella, y para el gato, por donde andaba sin acabar de erguirse donde siempre volvía a caer. Y Él la alzaba, la levantaba en alto y se encontraba al lado de su cabeza, que se atrevía a tocar y a fuerza de ser levantada y puesta a la altura de su frente y de atreverse a tocarla, debió ir aprendiendo que qué era eso; Padre: Y en aquellos viajes del suelo a tan alto debió de aprender también la distancia, y el estar arriba, ver el suelo desde arriba, mirar desde lo alto hacia la cabeza de su padre, las cosas, las ramas, las paredes se movían, iban cambiando, y eso; atender a lo que cambia, ver el cambio y ver mientras nos movemos, es el comienzo de mirar de verdad; del mirar que es vida.

Esta extensa cita deja ver algo importante: la sensibilidad de Zambrano. Y tuvo que haber sido esa sensibilidad la que alumbró su pensamiento; el sentir y el pensar que ella quiso unir; el sentir que la llevó a mirar los amaneceres como el amante que espera el asomo del amado en la distancia; el asomo de la luz que luego se hace monotonía con el día. Y Zambrano sólo amaba la aurora. Ese momento. Sólo ese momento. Y por eso escribió un libro sobre la aurora, uno de sus mejores libros, un libro que también le recordaba a su Nietzsche, al Nietzsche que también le alumbró algo en sus libros. A su Nietzsche que le mató su Dios cristiano y que entronó a otro en su lugar, a su Nietzsche hijo del cristianismo también.

María Zambrano aprendió a ver, pero ante todo, aprendió a oír. La música debió haberla preparado para eso, para dejarse poseer pasivamente por lo otro, por aquello que llega a la conciencia, al pecho, al alma, al corazón que secreta allá en su caverna tras sus rejas. Y así vivió oyendo en sus múltiples lugares de residencia. Así oyó a sus amigos, oyó el cielo, los astros y a la luz misma. Así vivió hasta su regreso a España, una España que temió no fuera la de su recuerdo, los paisajes que había dejado guardados en su memoria, como si temiera que ésta no los encontrara, no los reconociera.

Y así en sus viajes, hasta el viaje final, ella, esa mujer sabia que había aprendido tanto de sí, de los demás y de su patria en el exilio, se mantuvo en el enigma —tan enigmática como los gatos; pero detrás del enigma, del misterio que su mística deja traslucir se encontraba un ser que se sentía sostenida por “algo”, alumbrada y llamada hacia el cuerpo glorioso, hacia el lugar donde se logra la unidad, pues en vida es imposible hacerlo; la dispersión de la vida lo impide. Y fue de esta forma como la propia Zambrano aprendió padeciendo, padeciendo la vida y la trascendencia, padeciéndose. Ese padecimiento es parte del enfrentamiento del hombre con su



mundo, es la forma de vivirlo y sentirlo; es el encuentro del alma con la realidad. Así lo vivió ella misma: padeciendo el exilio, la enfermedad de su madre, las vicisitudes de su hermana Araceli, el desgarramiento de su patria en manos del fascismo. El padecimiento de Zambrano fue metafísico, fue trascendente, fue deseo de más allá, delirio por el misterio, incomformidad con las respuestas dadas, amor por lo insondable, avidez de algo; avidez de su alma y su conciencia por lo "otro" de la razón.

María Zambrano no hizo una crítica a la unilateralidad de la razón ni de la cultura europea con un fin académico o por estar en las modas filosóficas. Su interés fue más personal, de ahí el desinterés de darle cariz sistemático a su filosofía; de ahí su indiferencia por el sistema. Ella no sucumbió ante los encantos de encerrar sus ideas en la cárcel construida con conceptos. Su obra no es una jaula de hierro, ni un recinto hermético. No. Es un gran bosque donde se puede llegar en varias direcciones, donde los caminos que conducen a su claro, a su centro, son poéticos y filosóficos. En ese claro, lugar del éxtasis místico, según Abellán, se produce, como dice ella misma en su libro *Claros del bosque*, una visión.

María Zambrano fue, ante todo, un alma que padeció sus preocupaciones existenciales tal como Miguel de Unamuno, su maestro. Ella fue fiel a sí misma. Fue fiel, igualmente, a su maestro Ortega, si bien él mismo no la reconoció después como su discípula. María Zambrano se aplicó la "razón poética", se escuchó a sí misma, buceó en los intersticios de la rica interioridad humana y realizó lo que Scheler había propuesto en su propia filosofía, esto es,



llegar a lo sentimientos, a las "formas íntimas de la vida humana". Zambrano transparentó esas formas, se las sacó de adentro y las expuso en un espejo, en una hoja en blanco. Fue un ser que vivió y fue consecuente con su pensamiento y su vida. Por eso, cuando se la lee, su pluma irradia de belleza y lucidez nuestro interior, nuestra inteligencia. Zambrano produce regocijo, introspección profunda; su pluma danzante inspira, hace suspirar profundo y preguntarse: ¿cómo es posible que se escriban cosas tan hermosas? Eso es así porque a Zambrano las musas le hablaban al oído...las musas que habitaban en su interior.